

REVOLUCIÓN NEOLIBERAL Y “UTOPIA” CIUDADANA, UNA BATALLA INAPLAZABLE

NEOLIBERAL REVOLUTION AND CITIZEN “UTOPIA”, A PRESSING BATTLE

Fernando ROCH PEÑA*

RESUMEN

La desaparición de la cultura reformista ante el progreso de las políticas neoliberales que proclaman la supresión de lo público, tiene su base material en la mundialización de la economía financiera, en cuya práctica y esquemas teóricos no hay lugar para la cultura de la ciudad ni para los ciudadanos. Recortes y privatizaciones amenazan los logros del bienestar keynesiano cuya estrecha vinculación con el modo fordista en extinción lo convierte poco menos que en una anacronía. Se impone la acción colectiva para impulsar una línea de progreso hacia una sociedad justa y emancipada, una “utopía” urbana, opuesta a los escenarios cambiantes del capital y sus imperativos de acumulación. Ello no es posible sin una crítica de las dinámicas financieras, del propio reformismo así como de la idea de civilización y sus representaciones.

Palabras clave: cultura reformista, neoliberalismo, políticas neoliberales.

ABSTRACT

The disappearance of reformist culture with the rising of neoliberal politics that proclaim the “public” removal is based on the globalisation of financial economy. This economy’s practice and theoretical schemes leave no place for citizens’ culture and town. Recent budget cuts and privatizations constitute a threat for Keynesian “welfare state”, whose link to the Fordist production mode in extinction almost turns this state into an anachronism. The collective action prevails in order to promote a progressive direction towards a fair and emancipated society, an “urban” utopia, which is opposed to the capital changing scenarios and its challenges of accumulation. The financial dynamics, the reformism itself, and also the idea of civilization and its icons should be criticised.

Keywords: reformist culture, neoliberalism, neoliberal politics.

* Fernando Roch Peña (fernando.roch@upm.es) es arquitecto, Catedrático de Urbanística y Ordenación del Territorio, Escuela Técnica Superior de Arquitectura, Universidad Politécnica de Madrid, Madrid.

“La débâcle des idéaux bourgeois est un destin historique et universel, inéluctable”.

«Du bourgeois cosmopolite au grand bourgeois», W. Benjamin

1. Preámbulo

No sé si el ejercicio teórico es una actividad crepuscular como sugería Hegel, pero no vendría mal poner algo de orden en el patio de la teorización parcial y discordante que ha suscitado esta crisis que, entre otras cosas, conduce a la sociedad urbana a la deriva o a su extinción, al menos en los términos de ciudadanía que algún día tuvimos la osadía de soñar. Si la condición, como señalaba aquel, para este esfuerzo es que la vida se apaga y hay que renovar la práctica política e insuflar nuevos estímulos y aspiraciones a la población, pues no sé a qué estamos esperando. Lo que sigue son sólo unas modestas consideraciones destinadas a intentar abrir una brecha en esta aporía y valorar los términos de una futura acción colectiva.

Quisiera empezar por destacar tres fenómenos que han venido a converger a lo largo del siglo XX y que configuran en distinto grado el contexto de la crisis actual. El primero es el vínculo histórico que la “revolución fordista” ha establecido entre ciertos avances sociales innegables y un modo de desarrollo donde la explotación del trabajo adopta patrones más humanizados que sus predecesores. El segundo es la desnaturalización de la ciudad convertida en espacio del modo de producción dominante, y sus condiciones de reproducción. El tercero, por contraposición, es el auge de la idea de ciudad y ciudadanía como aspiración colectiva que nos remite a la idea misma de civilización, y cuya profunda ambivalencia precisaría una crítica inaplazable.

Fruto de esta superposición es el impulso recibido por la urbanística que ha ampliado su cuerpo disciplinar según variaban sus objetivos, sus métodos y sus compromisos; según se tratara de racionalizar el espacio de la producción con sus economías específicas, o de formalizar los conflictos que generaban las condiciones de vida de los trabajadores (normalización, dispersión), o alinearse en las luchas ciudadanas. Sus representaciones espaciales han guiado a los agentes encargados de la producción de modelos de habitación y de urbanización inéditos, que apenas tres décadas después de construidos empiezan a descomponerse poniendo en peligro todo este complejo edificio. Es una crisis multidimensional que empieza con el declive de un modo de desarrollo que no parece haber encontrado sucesor, y que empuja a los Estados a ceder su soberanía a los mismos agentes económicos que han roto sus vínculos socioespaciales. No sólo es una crisis de reproducción social, de instituciones y de conquistas sociales, es también una crisis de la ciudad y del urbanismo reformista.

2. El espacio desarraigado del capital

El argumento central del Manifiesto de Marx y Engels de 1848 venía a plantear que la burguesía había terminado por generar su antagonista histórico, el proletariado, y que éste habría de reemplazarla, para construir por fin una sociedad

más justa. Un nuevo tiempo alumbraría la sociedad que venían soñando desde mucho atrás los espíritus más nobles. Pero lo cierto es que ese antagonista era fruto de la revolución industrial (burguesa) y sus específicas relaciones de producción, y su revolución venía a ser la culminación de la serie de revueltas y conflictos – algunos muy agudos– que había protagonizado desde sus inicios, en el seno de esa misma sociedad industrializada. Se imaginaba, en definitiva, que un actor social trascendía su propia realidad para cumplir una aspiración de la humanidad de carácter categórico, una emancipación siempre anhelada y reiteradamente frustrada sobre la que Benjamin imaginaba el latido del tiempo histórico. El proletariado identificado con la humanidad quedaba encargado de alumbrar la utopía final, aderezada de progreso y cosmopolitismo, trascendiendo la temporalidad y especificidad del conflicto.

Pero el Manifiesto también confirmaba el carácter revolucionario de la propia burguesía a lo largo de su azaroso recorrido –desde los albores de la baja Edad Media– y del que había dado constantes muestras –la Revolución Francesa, sin ir más lejos– mucho antes de la propia revolución industrial:

“La burguesía no puede existir si no es revolucionando incesantemente los instrumentos de la producción, que tanto vale decir el sistema todo de la producción, y con él todo el régimen social. Lo contrario de cuantas clases sociales la precedieron, que tenían todas por condición primaria de vida la intangibilidad del régimen de producción vigente. La época de la burguesía se caracteriza y distingue de todas las demás por el constante y agitado desplazamiento de la producción, por la conmoción ininterrumpida de todas las relaciones sociales, por una inquietud y una dinámica incesantes” (Marx y Engels, 1848).

O sea, que había una fuerza capaz de mantener una línea de transformaciones radicales atravesando la historia, y los autores del Manifiesto no disimulan su admiración por su versatilidad y capacidad de reinventarse al servicio, eso sí, y lamentablemente, de su supremacía y su afán de lucro. Nada que ver con la búsqueda de la justicia universal –el proyecto de la humanidad oprimida–, pero sí con las múltiples maneras de mantener la profunda asimetría social de la que se nutre su naturaleza acumulativa. Parece pues que tenemos al menos dos líneas de “progreso” con objetivos, métodos y recorridos más opuestos que diversos, entre las cuales ha quedado atrapado el confuso imaginario construido en torno a la idea de ciudadanía que mencionaba antes y ese aparato reformista, cuya más clara expresión es el llamado Estado del Bienestar que ha transformado radicalmente el marco de vida de la clase trabajadora.

Hablar de bienestar es, sin duda, una simplificación, ya que existen de él numerosos grados y modalidades, lo mismo que reducir el reformismo a su desarrollo, porque deja fuera otras cuestiones y proyectos alternativos al orden social y productivo de más calado¹. Pero incluso esta realización parcial y fragmentaria,

¹ Sin salirnos del reformismo urbano creo que conservan su vigencia como alternativas de conjunto la “prefordista” Ciudad Jardín de finales del XIX o la “posfordista” austeridad de los años 70 del siglo XX.

como veremos, está contaminada por representaciones más poderosas extraídas de la cultura burguesa, que han colonizado el imaginario de la población y su sistema de valores, en torno a los logros de la sociedad de consumo y al individualismo.

Como hemos visto, la burguesía es mutante, se reconstruye y modifica sus condiciones de existencia (sus dimensiones espaciales entre otras) a la medida de sus necesidades cambiantes. Podríamos aventurar que la burguesía es capaz de producir determinados espacios históricos –algunos de invención brillante aunque rara vez destinados a permanecer–, y que ha construido grandes aglomerados urbanos y territoriales, pero carece de espacio propio; no elabora ni imagina utopías urbanas²; las ciudades y el territorio no le interesan como tales, sino como instrumentos a su servicio, como piezas de sus estrategias variables o como simples mercancías; transforma, abandona o adapta materiales siempre temporales; se apropia y capitaliza los atributos del espacio, del que entra y sale a su conveniencia, con frecuencia para especular con las variaciones de su renta a corto plazo³. Sirva de muestra la costosa y laboriosa construcción y el dramático abandono selectivo posterior de las metrópolis industriales occidentales.

3. Expansión financiera y crisis del Estado, a propósito de la economía-mundo y sus enfoques

Para la economía-mundo el agotamiento de un Régimen es seguido de una expansión financiera (liquidez) que expresa el abandono de su cuerpo material: metáfora equívoca que elude el proceso de anulación progresiva de sus compromisos sociales, de sus herencias espaciales. El pacto social se descompone con sus instituciones: el régimen salarial, el empleo y las condiciones de reproducción, mediante leyes laborales flexibles y recortes. Pero sobre el Bienestar en liquidación caben “expansiones” para el dinero “liberado” –servicios que pueden privatizarse–, y sobre el espacio cabe un expolio aún mayor mediante una sobreproducción sin precedentes, que relaciona directamente los fenómenos financieros con la contrarreforma social y urbanística.

Un posible relato del desarrollo de nuestros espacios metropolitanos distinguiría dos expansiones financieras; la primera caracterizada por la producción, con crédito controlado y garantía salarial, de un espacio “normal” (concebido por el Estado) (1957-75), con un bienestar embrionario que madura hasta mediados de los 80, y la segunda en la que prevalece la construcción de un espacio social diferenciado (1985-2007) con el crédito fluyendo sin trabas y que prelude la descomposición de la ciudad y su tránsito a un modelo incierto (sin Estado). La primera fase se correspondería con una auténtica expansión material en la que cobra cuerpo un modo de desarrollo hegemónico, mientras que la segunda se correspondería con la seudoexpansión material que certifica su defunción. Fue en esta última cuando la población se convierte en sujeto crediticio a gran escala –crédito liberado desde mediados de los 80– con fuerte participación de capital internacional, y se crean las

² Tanto las ciudades patronales (*company towns*) sobrevaloradas por la historiografía, como las grandes periferias del Movimiento Moderno (Carta de Atenas-Le Corbusier), o del Plan de Nueva York de 1929 (Clarence Perry) estaban destinados a la normalización de los trabajadores.

³ La propia historia de la disciplina urbanística refleja este cambio permanente. Hemos pasado de la planificación espacial en todas las escalas a la desregulación total en dos décadas.

condiciones del “boom” que tantos pretextos ha proporcionado⁴. Paradójicamente, la primera disfrutaba de un régimen salarial estable casi universal, todo lo contrario de la segunda que, aun así, la superó en magnitud.

Prestar sin garantía real de devolución –la titularización mundializa el problema– plantea dudas sobre la racionalidad del sistema financiero y sus instituciones que encajan a duras penas en los marcos teóricos disponibles⁵. Pero así comienza la historia del capital, prestando a los poderosos para obtener a cambio su patrimonio o privilegios: jurisdicción territorial (soberanía), derechos tributarios, propiedades, linaje (Heers, 2012). Prestar a los pobres carecía de sentido, y una expansión financiera como la que ha alimentado el boom inmobiliario en medio mundo resulta un fenómeno tan inédito como sus consecuencias. La inhibición del Estado ante los dramas que se han sucedido (desahucios, embargos, etc.) que conculcan derechos constitucionales, supone una clara pérdida de soberanía. Y los que no han perdido su casa han visto cómo su valor decaía según su posición en el espacio social: más, cuanto peor situada (Fernández y Roch, 2012). Son pérdidas cuantiosas que sirven de pretexto para asaltar un patrimonio colectivo aún más valioso: las arcas públicas, la ciudad social y sus instituciones. La contrarreforma neoliberal se activa para dismantelar las condiciones del modelo fordista (salarios crecientes, pleno empleo, servicios y pensiones públicos, etc.), pero financiar una sobreproducción de espacio e infraestructuras es el colofón.

Esta vez la diana no es un rico mercader que naufraga en ruta a Trebisonda, un señor feudal en guerra o una monarquía con problemas dinásticos, se trata de democracias populares. Según la teoría, después de abandonar el cuerpo que se agota, el capital trataría de dar forma material a uno nuevo pujante, que asegure una capacidad de acumulación ampliada pero, tanto en EE. UU. como en los países europeos implicados en este episodio catastrófico –España, sobre todo–, sólo encontramos una falsa expansión material, una masiva producción de espacio que no se corresponde ni con la demografía ni con la construcción de ningún nuevo orden acumulativo. Su evidente materialidad la diferencia de uno de esos “globos” puramente especulativos que giran en torno a la sobrevaloración de activos o de productos, sean acciones del ferrocarril o tulipanes, pero no es la expansión que lidera China junto con los países llamados emergentes (BRICS) que sí sugiere un cambio de hegemonía planetaria sobre un modo de desarrollo muy asimétrico (antifordista, multimodal, neoliberal y represivo), que hace tabla rasa de todas las conquistas sociales conocidas.

⁴ El ministro Boyer fue el impulsor de esta expansión en España adaptando a nuestras condiciones, las políticas neoliberales Thatcher-Reagan en la década de la liberalización del crédito internacional.

⁵ Marx ya había alertado sobre el carácter ficticio de buena parte de la economía financiera, pero aquí estamos intentando relacionar la crisis del modo de desarrollo –un fenómeno planetario– con los procesos urbanos en curso. Los trabajos de los teóricos de la Economía-Mundo, desde Braudel al propio Harvey, pasando por el grupo Gramsci en Baltimore (Arrighi, Silver, etc.) y otros como Wallerstein, Hobsbawm (1994), Brenner («New left review»), etc., muestran notables discrepancias sobre la naturaleza de los modelos de desarrollo, sobre el papel respectivo de la producción y de la actividad financiera, la formación de hegemonías y el Estado; sobre la proletarianización y su papel en los procesos de acumulación, sobre la relación expansión material-financiera y, por tanto, los ciclos de acumulación y sus crisis, o sobre el papel del conflicto social y de la producción del espacio en esos procesos. Estaríamos lejos pues de disponer de una teoría unificada dentro de este círculo.

Podemos disponer, pues, de una explicación para la masiva oferta de capital, pero no está tan claro el sentido y naturaleza de la demanda que justifique fenómenos como la sobreproducción espacial que vimos más arriba y su relación con la población, o con las distintas regiones y municipios (la deuda de Madrid es histórica). El análisis del papel de la competencia (demanda) por el capital inversor podría ayudarnos en esa tarea, ya que ha alimentado en todas las escalas una expansión material ficticia similar con idéntico sacrificio de los avances sociales.

Recordemos el argumento Arrighi-Braudel (2006) sobre la cuestión:

“La idea era que las organizaciones capitalistas más importantes de una época particular también serían líderes de la expansión financiera, que siempre se produce cuando la expansión material de las fuerzas productivas alcanza sus límites. La lógica de este proceso –aunque de nuevo Braudel no la presenta– es que cuando la competencia se intensifica, la inversión en la economía material se hace cada vez más arriesgada y, por consiguiente, la preferencia por la liquidez se acentúa, lo cual crea las condiciones de oferta de la expansión financiera. La cuestión que se plantea a continuación es, por supuesto, cómo se crean las condiciones de demanda para que se produzcan expansiones financieras. A este respecto, recurrí a la idea de Weber de que la competencia interestatal por el capital en busca de inversión constituye la especificidad histórico-mundial de la era moderna. Esta competencia crea, en mi opinión, las condiciones de demanda para la expansión financiera”.

Podemos suponer por tanto que las prácticas neoliberales, indiferentes al futuro de la humanidad, han proporcionado desde su atalaya local y nacional “las condiciones de demanda para la expansión financiera”. Las Comunidades españolas (pequeños estados en liza), compiten intensamente entre sí y con el Estado, creando las condiciones que llevarían al lamentable catálogo de actuaciones que ilustran esta lucha interestatal.

Recuérdese la pugna Madrid-Cataluña que merece capítulo aparte incluida la deriva independentista, no menos depredadora de lo social. No sólo lucharían por las inversiones del Estado (infraestructuras, fiscalidad, etc.), también por las de la C.E.; recuérdese la alternativa entre el corredor ferroviario Mediterráneo (Cataluña) y el corredor Atlántico central (Aragón y Madrid) que postergaba su primera opción por el País Vasco. Y lo mismo ocurre con la inversión privada. En la “batalla” de Eurovegas, ambas Regiones rivalizaron en ofrecimientos (a costa de los ciudadanos y de los usos democráticos), peleando por la hegemonía aeroportuaria (Prat frente a Barajas), cediendo todas las facilidades inmobiliarias (suelo, cambios de clasificación, infraestructuras), y conculcando todo el sistema legal. Es una competencia similar la que ha hecho proliferar aeropuertos por doquier sin miedo al esperpento o universidades y centros culturales (?) insostenibles: algunos literalmente en ruinas.

El interés de Eurovegas es que vincula el sacrificio de las conquistas sociales con las especulaciones sobre una fantasmagoría. Pero hay otras más reales como

las estructuras logísticas, comerciales y productivas que despliega la nueva hegemonía. En esto, Madrid parece ir por delante. Los viejos establecimientos de la Gran Fábrica Madrileña son ahora el gran depósito de mercancías de los operadores asiáticos con China a la cabeza: gran parte del Corredor del Henares o del sur metropolitano (polígono Cobo Calleja). En la almendra central, algún barrio (Lavapiés) es un distribuidor mayorista, mientras una red creciente de pequeños comercios progresivamente diversificados va sustituyendo al comercio tradicional en declive. También es un banquero chino el que acaba de adquirir el emblemático edificio de Plaza España que remató la Gran Vía, nacida anglo-francesa pero, finalmente, teatro de la “civilización” norteamericana cuya arquitectura, modelos comerciales, fetiches mercantiles y culturales y modo de vida acabaron dominando el planeta: el *moving forward* ya olvidado de Henry Ford⁶. Es la misma corporación financiera china la que acaba de anunciar su propósito de implantar un macro complejo comercial-hostelero-lúdico similar al fallido Eurovegas. Son procesos que se dan en otras ciudades occidentales y que parecen manifestar, ahora sí, una expansión financiera asociada a una expansión material con vocación hegemónica aunque igualmente asociada a fuertes retrocesos sociales:

“La idea de Braudel del ‘otoño’ como fase conclusiva del proceso de liderazgo en la acumulación, que pasa de la material a la financiera, y que conduce finalmente al desplazamiento por otro líder, es crucial. Pero también lo es la idea de Marx de que el otoño de un Estado particular, que experimenta una expansión financiera, es también la primavera de otra ubicación: los excedentes que se acumulan en Venecia van a Holanda; los que se acumulan aquí van después a Inglaterra; y los que se acumulan en ésta última van a Estados Unidos. Marx nos permite, pues, complementar lo que hemos encontrado en Braudel: el otoño se convierte en primavera en otra parte, produciendo una serie de desarrollos interconectados” (Arrighi, 2006).

Claro y amenazador, pero ese tránsito tan sencillo avanza con duras resistencias, mediante ensayos más o menos acertados, con intentos expansivos de diversos aspirantes, como se desprende del largo camino de sustitución de Gran Bretaña por EE. UU.: depresiones, quiebras financieras, dos guerras mundiales. Por no hablar de los repetidos intentos fracasados de Alemania. Pero ¿qué ocurre con lo que permanece?

Las teorías de la economía-mundo que en realidad tratan de explicar las crisis sucesivas del capitalismo, su dinámica de ciclos, más que sus configuraciones estables, dejan poco margen para discutir sobre el sentido y la permanencia de los logros (sociales) adquiridos, que es lo que nos interesa aquí. La sucesión de “estados del sistema”, igual que sus conflictos, se aceleran de tal modo que la idea de civilización o la de bienestar se difuminan. El propio papel de la producción pasa a un segundo término, con alguna decidida excepción (Hobsbawm, 1994), para ceder el protagonismo al capital (en estado líquido) y sus problemas de competitividad. Así pues, para los diversos enfoques de la economía-mundo, los

⁶ Al parecer hay más promotores chinos que tienen intención de construir en algunos de los solares que han quedado libres en la Plaza de España que pronto habrá de denominarse Plaza de China.

actores principales son las grandes corporaciones asociadas al liderazgo de ciertos Estados, y el motor la competencia entre capitales sin fronteras, mientras que la relación de su dinámica de ciclos con el mundo del trabajo y su población es secundaria; sobre todo cuando los comienzos del siglo XX se sitúan en el siglo XIII (Arrighi, 1994)⁷. Podemos incluso empezar más atrás (Heers, 2012; Pirenne, 1975) y recorrer siete siglos hasta el XVIII sin que el trabajo haya sido reconocido en los mecanismos de acumulación, pero la sociedad industrial lo sitúa en el corazón del régimen, primero en la esfera de la producción y enseguida en la del consumo para cerrar el circuito D-M-D. Y es ahí donde la galopada sin rumbo del capitalismo neoliberal, que parece querer cerrar con un descabello el ciclo del modo occidental y su hegemonía, ha encontrado un callejón sin salida. Probablemente el mismo que terminará por obscurecer el auge de la nueva hegemonía en ciernes. No se puede mantener la economía-mundo como un teatro restringido en el que cambistas y prestamistas juegan con el poder y sus burocracias. Hay que contar con la población, y no para embarcarla en una aventura financiera sin salida sino al modo de los años dorados del fordismo. Quiero decir que habrá que combinar las lógicas financieras con las de la reproducción simplemente porque la población (la humanidad) está en medio; si desaparece, todo colapsa. Ya no cabe el desdén malthusiano porque ahora toda la creación de riqueza (real, no ficticia) gira en torno suyo; se ha consolidado como sujeto histórico, en la producción y el consumo, y (pronto) como promotora de una civilización justa y libre.

De momento va todo en dirección contraria. Mientras el capital financiero se aleja de la humanidad (y de la naturaleza), una nueva hegemonía se perfila, con dos naciones (Rusia y China) que comparten un pasado socialista de Estado, y que parecen renegar del colectivismo pero no de sus aparatos de coerción.

4. Espacio social y quiebra del bienestar

Estos encuadres teóricos tan influyentes permiten explicar, a muchos niveles, el actual alejamiento de los postulados y prácticas reformistas que conformaron nuestro universo urbano en deterioro y que podíamos resumir como “capital frente a civilización”. El binomio “exceso de liquidez” - “demanda institucional”, cuyos efectos hemos visto, puede extenderse a las empresas y a la población incorporada masivamente al crédito, ya sea para crear nuevas condiciones de acumulación, o para lograr cierto grado de hegemonía o de preeminencia sobre sus “competidores”. Un mecanismo semejante podría ser el motor del reciente exceso inmobiliario. La población, propietaria de una vivienda “normal”, en un espacio poco diferenciado, propio de la vieja sociedad en declive (un otoño cierto), compite entre sí por mejorar posiciones; expresando a un tiempo la desigual composición del colectivo que Marx había pronosticado y su disponibilidad diferencial para ese futuro imaginario (una

⁷ Arrighi (2006), explica, desde su propio itinerario, el desplazamiento de sus inquietudes desde la cuestión social que le llevó al principio (años 60) al estudio de las modalidades de participación de la población campesina en los procesos de acumulación en diversos países africanos y más tarde a colaborar en la respuesta de los obreros italianos ante la deslocalización industrial (años 70), hasta las dinámicas de la economía-mundo y sus ciclos. El origen, además del descubrimiento de Braudel, sería paradójicamente el deseo, la necesidad, de ofrecer a las asociaciones de trabajadores un contexto teórico de las dinámicas capitalistas en el que referenciar su práctica política.

primavera ilusoria) donde las diferencias cuentan, y mucho⁸. Cada cual trataría de desplazarse hacia su mejor posición posible en un espacio social (clase y renta) que se va diferenciando al hilo de esa misma práctica competitiva colectiva: un fantasma que se acaba haciendo real por la práctica ciudadana. Basta con hacer creer a los usuarios que participan realmente de ese venturoso nuevo orden y que estar bien posicionados en él es fundamental. Esta lucha por el mejor lugar incorpora el patrimonio inmobiliario familiar ya acumulado, y se dirige desde una representación colectiva de la jerarquía, con el principio de exclusión tensando el mercado hasta la rotura. En pocas y esquemáticas palabras, la población del orden fordista se reinstalaría en un orden imaginario muy competitivo cediendo a cambio su logro más preciado: las conquistas del bienestar que les asemejaba. El principal efecto del “urbanismo” contrarreformista es ese mosaico de rentas (de precios de exclusión) que domina la nueva representación colectiva del espacio de la ciudad que bloquea el camino de una posible ciudad de ciudadanos, porque lleva implícito el desprestigio de las instituciones, de lo público, de lo urbano y de sus herramientas disciplinares.

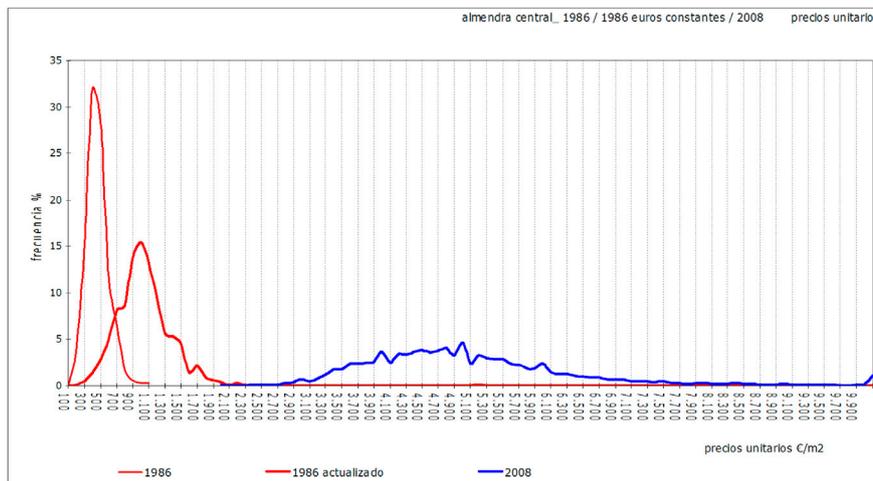


Fig. 1. Frecuencia de precios unitarios en la Almendra Central de Madrid 1986 y 2008. Fuente: «El Idealista». Según Cristina Fernández y Fernando Roch (2012).

La figura 1 muestra claramente a través del sistema de precios unitarios de la vivienda en la Almendra Central de Madrid, el tránsito de un espacio “normal” (1986) –curvas a la izquierda del gráfico que sugieren cierta diversidad “comprimida”– a un espacio social fuertemente diferenciado (2008) –curva de la derecha– desplazada hacia valores más altos y compuesta de numerosos estratos. Si en 1986 tenía sentido hablar de medias estadísticas aunque fueran producto de una constricción, en 2008 es improcedente.

Tal proceso con su poderoso aparato ideológico y coercitivo fue el resultado de las políticas de Thatcher y Reagan (años 80) dirigidas a desmontar las “anacrónicas”

⁸ Sociedad de la información, del conocimiento; de nuevas élites en definitiva. Los señuelos abundan.

condiciones de existencia del régimen de acumulación industrial anterior. Thatcher desbarató los sindicatos, rompió el pacto social, arrojó el desprestigio sobre lo público mientras privatizaba sus servicios y el mayor parque de viviendas sociales que ha conocido la humanidad. Luego vino la incorporación de los gobiernos socialdemócratas al expolio, y otros, como los neoliberales de la emblemática Suecia –modelo en su momento del alojamiento social y del bienestar– que, incluso bajo condiciones favorables de crecimiento, han degradado los servicios públicos y han estimulado un boom inmobiliario que ha dejado fuera a buena parte de la población sometida a desigualdades crecientes. Expansión financiera mundializada y descomposición de los espacios sociales locales quedan así vinculados mediante la incorporación masiva de capital a una entelequia (préstamos a 40 años a una población condenada a la incertidumbre laboral en menos de 5)⁹. Esta expansión sin crecimiento real –en realidad con retracción– ha afectado, en mayor o menor grado, a la mayoría de los países desarrollados. Conviene recordarlo para no confundir un fenómeno de esta envergadura, con el patio de Monipodio nacional y su infame teatro de corrupción caciquil de charanga y pandereta, aunque hayan ido de la mano.

Hemos tenido que llegar a la frontera de los enfoques de la economía-mundo para encontrar argumentos que expliquen el estallido del espacio social, y el chantaje al Estado. Pero para tratar del futuro del reformismo y sus logros se necesita un marco teórico que admita la existencia de estructuras más o menos estables y sus transiciones. Si queremos recuperar a la población que habita y su peripecia histórica (avances y retrocesos), contra la razón del capital, en pos de la justicia universal y la armonía, hay que admitir que la sucesión de formaciones sociales no se realiza sobre páginas en blanco, como explicaba Gramsci (1975). Hablamos de urbanismo reformista y resulta que el sustrato edificado es un testimonio privilegiado de esa historia social, que resiste y permanece en la morfología de las ciudades dándoles consistencia, o determinando las propiedades del universo colectivo y doméstico y su evolución. También perdura en el corazón y la imaginación de los hombres, como atestiguaba Baudelaire ante el convulso urbanismo de París –otra expansión financiera–, a través de las representaciones colectivas, que juegan un papel decisivo en la consolidación de estas realidades, de estas estructuras, de su *durée*, y de su evolución. Un arma de doble filo que también puede hacer “real” lo ilusorio, como ha mostrado el boom inmobiliario. Representaciones de lo vivido y representaciones del espacio, por usar las categorías de Lefebvre. Es la misma ambivalencia que les permite, lo mismo ejercer una función coercitiva, o integrarse en la elaboración de proyectos de emancipación.

Lo que les falta a las teorías de la transición –según E. Balibar la transición constituiría el cuerpo teórico central del Capital– es precisamente el estudio de lo que permanece, de sus condiciones de permanencia y sus efectos, de lo que permite que cierto orden de cosas sea estable por un tiempo, y deje su huella en futuros avances –otra forma de duración– social y políticamente reconocibles. Dicho de otro modo: su espacialidad. Materialidad y mediación constituyen la sustancia del urbanismo, de las ciencias de la ciudad y de la cultura y práctica de la ciudadanía;

⁹ Entelequia por su dualidad. Por un lado es un fenómeno real con su principio activo (una alianza inmobiliaria local corrupta y una población dispuesta a expresar su estratificación), y con su propio fin (una acumulación-desposesión de amplio espectro), y por otro es completamente irreal puesto que su base material (renta cierta disponible) y el orden nuevo prometido son una fantasmagoría.

del enfrentamiento entre razón económica y razón política. Podemos imaginar como Althusser, metido a Jacques el fatalista, que somos marionetas que no vamos a ninguna parte (automatismos liberales) o defender la idea de una geografía de la emancipación. Prefiero aceptar el desafío de Lefebvre (1968) y colaborar en esa construcción “ideológica” de la utopía, que propone un mundo cambiante producido por ciudadanos a su medida y necesidad, bajo su plena soberanía.

5. El bienestar, un ambiguo espacio de resistencia

Llegados aquí, resulta que las “conquistas” del reformismo durante la vieja sociedad industrial se han convertido en un baluarte, cuya defensa adquiere casi dimensiones revolucionarias. Tratar de evitar un desahucio supone una conspiración contra el orden establecido, cuando debería verse como una defensa del artículo 47 de la Constitución. Nadie hubiera imaginado que nos atrincheraríamos tras estas conquistas que fueron tan criticadas, lo que da una idea de las amenazas que se ciernen sobre el propio orden democrático.

Estas incongruencias evidencian la doble naturaleza del sistema de derechos que disfrutamos o padecemos. Asimetrías que el reformismo y sus instituciones en su labor de mediación, trataban de conciliar o atenuar, como la profunda desigualdad en el reparto de la riqueza. La “etimología política” del bienestar keynesiano lo sitúa más en el bando de la burguesía “tornadiza y revolucionaria” que en el de su antagonista histórico que aparenta ser su principal actor y beneficiario. Según el relato oficial las conquistas del reformismo fueron un logro de los trabajadores frente al capital industrial. Pero la etimología da sorpresas, porque un aparato institucional como éste, y el urbanismo reformista que creció con él, permitió al régimen fordista alcanzar cotas de desarrollo y tasas de acumulación sin precedentes en los países occidentales, desde finales de la Segunda Guerra Mundial hasta su declive a mediados de los 70. O sea que formaba parte de la evolución del sistema capitalista y de sus dispositivos de estabilización y reproducción, aunque lo confundamos con una línea progresiva de civilización.

Hablar de estabilidad aunque sea por un tiempo limitado es hablar de reproducción y de sus condiciones materiales y sociales. Como es sabido, para la escuela de la regulación –Aglietta, M. (1976), Boyer, R. (1986), Lipietz, A. (1988), Jessop, B. (1990), entre otros–, todo régimen de acumulación es inseparable de la totalidad social en la que se inscribe, con sus conflictos sustanciales que ponen en peligro la reproducción del conjunto. De ahí la necesidad de desarrollar un conjunto de normas, de prácticas sociales, de instituciones, de alianzas y hegemonías, de creencias y valores que aseguren esa estabilidad reproductora. En pocas palabras, se trata de asumir la dimensión social de los fenómenos económicos que no reconoce la teoría neoclásica más atenta a los ajustes automáticos de sus sistemas de ecuaciones diferenciales, o que deja en segundo plano, como hemos visto, la economía-mundo. Hablamos de temporalidades y espacialidades casi contrapuestas y de estabilidad relativa porque la naturaleza contradictoria del capitalismo impone su dinámica de cambio: conflictos entre capital y trabajo, competencia entre los propios capitalistas, problemas de acoplamiento producción-consumo. La idea es que los conflictos se pueden amortiguar el tiempo necesario para que maduren los procesos de trabajo,

la formación de capital fijo, el desarrollo de las infraestructuras, de la tecnología, del modo de vida (consumo) y su espacio, manteniendo la tasa de acumulación, o sea, la vida del régimen. La vida de la gente, las ciudades, los sistemas urbanos son factores o medios de producción y la idea de civilización un buen pretexto publicitario.

En pocas palabras, la inestabilidad del régimen de acumulación y su incapacidad de autorregulación, exigen una mediación entre los agentes y factores en conflicto que informa la sociedad en su conjunto y la totalidad de sus instituciones. La idea de un “medio interno” que asegura la pervivencia del organismo vivo en sus relaciones con el medio externo, un artefacto fisiológico en definitiva, ya la planteó Claude Bernard (1865)¹⁰. Se trata de procesos complejos que requieren mecanismos de regulación complejos y diferenciados para mantener las condiciones de existencia del organismo en los límites adecuados¹¹. La escuela regulacionista lo denomina modo de regulación y su forma más extendida sería el conjunto de derechos y bienes materiales garantizados por las instituciones (burguesas) del Estado, que denominamos bienestar. Es en este marco teórico donde se puede hablar del “espacio social” como de una construcción colectiva institucionalizada en el imaginario y en la práctica, con sus escenarios, sus formas de vida y sus signos de prestigio que dirige la inserción de los ciudadanos en la ciudad (dimensión espacial del orden social y económico) como un todo integrado, a pesar de las asimetrías creadas por el régimen. Es en este marco en el que hablamos de un espacio social “normal” (fordista) y de un espacio fuertemente estratificado (neoliberal). Dinero y salario –la sustancia con la que se construye el espacio residencial bajo condiciones cambiantes– forman parte de estas instituciones de intermediación como señala Aglietta (1998), y cuando se desmantela esta compleja creación, su espacio se desmorona.

La escuela de la regulación, con independencia de sus limitaciones teóricas –no ha desarrollado, por ejemplo, una verdadera teoría de la mediación, ni una teoría del Estado como lamenta Boyer (1986)– permitiría ensayar una historia social del capitalismo en la que las instituciones cívicas, los actores colectivos y las creaciones urbanas tendrían un papel destacado (más difícil sería insertar esa línea de civilización-emancipación). El dinero, la relación salarial, la competencia, el Estado, y el orden internacional –sus formas institucionales– son decisivas en los procesos de producción del espacio, y su articulación permite hablar de dos ideal-tipos (Weber, 1965): monopolista (Estado) y competitivo (mercado). Parece que estamos en una convulsa transición del primero al segundo, o en su combinación en un tercer tipo, con China a la cabeza.

El propio concepto de régimen de acumulación, propuesto por esta escuela, se diferencia de la acumulación *tout court* por vincularse a la reproducción de las condiciones de producción-circulación. Se distinguen dos tipos ideales de régimen de acumulación: extensivo (extensión de la escala de producción) e intensivo (mejoras e intensificación del proceso productivo). Un modo de desarrollo combina un modo de regulación y un régimen de acumulación: el fordismo sería la combinación de

¹⁰ Aquí, el “organismo vivo” sería el régimen de acumulación, no la sociedad ni la humanidad.

¹¹ Walter Bradford Cannon (1926, p. 91) denominó a esta propiedad de los seres vivos homeostasis, y la presentó como un mecanismo de regulación interna.

un régimen intensivo con un modo monopolista, Lipietz (2001). En el corazón del fordismo había una organización “científica” del trabajo que aseguraba mejoras de la calidad, abaratamiento de los productos, crecimiento del mercado interno y consumo de masas con salarios siempre en aumento.

“Es imposible que un producto sea barato si alguna de sus partes es cara. El único punto sobre el cual no admitimos baratura en el sentido de la reducción de precios, es el que se refiere a la labor humana. Los costes de fabricación deben reducirse; pero el único medio infalible de obtenerlo es manteniendo jornales elevados”.

“Nosotros en distintas ocasiones hemos reducido nuestros precios por bajo de lo que creíamos era el coste de producción, y los beneficios inmediatos han sido de dos clases. El mayor volumen resultante de negocio no fue el más valioso de nuestros beneficios. El provecho más inmediato lo constituyó el efecto que esa arbitraria reducción de precios tuvo en nuestra organización, es decir, en todos nosotros. Nos hizo más activos, avivó nuestros recursos. Encuentro que es más provechoso prestar mayor atención a la organización productiva que al mercado” (Ford, H. y Crowther, 1931, p. 25).

Lo contrario de la austeridad neoliberal que impone la Troika. Ford vincula el progreso de la organización productiva con en el bienestar de la población y el alza de salarios.

“La industria debe tender también a proporcionar continuamente de sus operaciones un ingreso cada vez mayor a todos cuantos con ella se relacionen”.

“En lugar de temer una sobreproducción efectiva, deberíamos acoger con alegría el día en que eso fuera posible, porque supondría que todo el mundo se hallaba provisto de cuantas mercancías y servicios necesitase”.

“Estamos de acuerdo con los moralistas que sostienen que la humanidad no existe únicamente para poseer objetos materiales; pero es también absolutamente cierto que hasta el momento en que la sociedad no esté ahíta de mercancías, apenas tendremos la oportunidad de saber lo que es en realidad la vida. Podemos, por lo tanto, considerar el día de la verdadera sobreproducción como el día de la emancipación de las esclavizadas ansiedades materialistas [...] El público, en conjunto, no ha padecido hasta ahora la abundancia” (Ford, H. y Crowther, 1931, pp. 26-27).

La “utopía” industrial fordista era a su manera una forma de humanismo que imaginaba la civilización a su imagen productivista: desarrollo de las fuerzas de producción y mejoras permanentes de la participación del trabajo en la riqueza¹². El futuro de la humanidad se vinculaba así a la industria fordista; ciudad y civilización perdían su autonomía. Y así ha sido; la crisis del fordismo se lleva por delante sus ciudades y sus avances reformistas. Ford situaba el aumento de los salarios y su generalización, en el corazón del modo de desarrollo, hasta el punto de que algunos, Aglietta (1998) entre ellos, califican esa sociedad como sociedad salarial. La crisis sobrevino a mediados de los 70, pero la respuesta neoliberal tardó una década en presentar batalla abierta. Los años “posfordistas” fueron de ensayos de nuevas modalidades de organización de la producción. Fue una época de estudios sobre la organización de los procesos de trabajo, la economía sumergida, la diversidad de los modos, los límites del modo doméstico, la economía social de los tejidos tradicionales y su articulación con la gran producción; sobre las nuevas tecnologías y sobre los modelos de urbanización y el papel de la ciudad. La ciudad tradicional (*inner city*) fue revisitada por esta “indagación” para valorar las ventajas de los tejidos urbanos no normalizados, mientras otros modelos optaban por dispersar la producción por un territorio caracterizado por una determinada cultura laboral. El textil (Benetton, p. e.) y otras manufacturas de características parecidas desplegaron modelos productivos dispersos en un “territorio del bienestar”, frente a la gran fábrica fordista metropolitana en descomposición.

La organización de los procesos de trabajo y las relaciones de producción diferían (del “toyotismo”, al trabajo a domicilio), pero muchos de los ensayos mantenían el escenario del bienestar y sus instituciones como factor de competitividad (secuelas del modo monopolista) y como signo distintivo vinculado a una revalorización de lo urbano. Ese es el proyecto que en los años 70 puso en práctica el “modelo” de la austeridad que, entre otras cosas, realiza un esfuerzo inédito por integrar la ciudad histórica y sus edificios monumentales, así como los tejidos de la “ciudad histórica”, en el marco de un bienestar (reestructurado), protegiendo la herencia colectiva de las especulaciones financieras. Bolonia y la Emilia Romagna, entran así en la historia de la urbanística –como París o Londres en su día aunque por razones antagónicas– como el gran momento en que el urbanismo reformista convierte la calidad de vida de los ciudadanos en su objetivo y en el motor de una expansión económica compatible con la conservación del mundo físico y de la herencia histórica¹³.

Vincular la conservación del patrimonio edificado al bienestar, ya sea para alojar instituciones colectivas, o para programas de vivienda social, suponía una reapropiación popular de los “espacios del poder” y de la historia, que no tardará en ceder ante la expansión financiera que se apodera de los entornos de prestigio y elitiza los tejidos tradicionales (expulsando a sus habitantes) o los transforma en productos de consumo turístico (parques temáticos) con efectos similares. A

¹² El neoliberalismo salvaje condena estas condiciones como inaceptables rigideces: rechazo total de los compromisos en una economía fuertemente competitiva.

¹³ «Urbanismo y austeridad» (Campos Venuti, 1981). El Plan General de Madrid de 1985 se redactó bajo su inspiración pero fue sucumbiendo ante las políticas expansivas neoliberales teorizadas ideológicamente poco después en la Ciudad Global (Sassen, 1992) o en la Sociedad de la Información (Castells, 1991, 1993).

mayor centralidad inversiones más estables, pero la mayoría serán operaciones especulativas (entrar y salir) asociadas a cambios en el rango social del espacio. El espacio (historia espacializada) se temporaliza. El mestizaje, la pluralidad de tipos y funciones, son declaraciones retóricas para legitimar programas de regeneración-elitización urbana, que banalizan el espacio complejo. El trauma del 29 que devolvió el devenir de la historia a la esfera de la política –Estado, regiones y ciudades–, que institucionalizó el progreso social, se ha curado de aquel “desvarío” devolviendo la soberanía a los consejos de administración de las grandes corporaciones.

6. Algunas notas sobre la utopía destronada y la batalla del espacio social

La idea de ciudad o de civilización es fundamentalmente una confusa construcción burguesa que ha marcado la modernidad. El reformismo ha vinculado lo social al espacio fordista y sus instituciones, pero las aspiraciones sociales y sus prácticas no pueden depender de la peripezia de un determinado modo de desarrollo. Tampoco podemos sobreestimar sus logros. Ya hemos visto su papel en el modo de regulación, y podemos añadir las críticas al “biopoder” y sus instituciones (Foucault, 2008) o a la idealización del papel de ciertos espacios públicos (Mitchell, 1995; Sevilla, 2014) que desvelan su función represora del conflicto social. Para Lefebvre (1974), el espacio social apropiado se opone a las representaciones que inspiran su producción. Hemos visto más arriba cómo un espacio residencial concebido según las lógicas financieras conduce a una descomposición del complejo urbano y reduce las prácticas sociales a una competición segregadora, bajo un comportamiento poco cívico.

La propia pugna por el dominio del suelo, centro de muchos esfuerzos de la urbanística reformista, oculta una confusión. Fue el discurso progresista el que se levantó contra la propiedad histórica del suelo pero fueron ciertos agentes de la burguesía los que se beneficiaron de esta reivindicación¹⁴. Muchos esfuerzos del urbanismo reformista han consistido en recuperar el suelo y ponerlo a disposición del capital inmobiliario para producir un espacio social de acuerdo con su concepción normativa o jerarquizada. La legislación urbanística y sus procedimientos están llenos de instrumentos semejantes. No basta hacer la crítica del espacio-mercancía, y sus mecanismos de producción como reclama el modelo de la renta. La crítica de la ciudad y de la civilización pone en evidencia sus funciones de normalizador de conductas, de instrumento de reproducción del modo, de pacificador de contradicciones, de teatro fetichista del que se alimenta su economía política, que anulan sus propiedades como espacio de la diversidad, de la justicia y de la conflictividad social, o como obra de arte colectiva.

No es este, en todo caso, el lugar para adentrarse en esa espesura, pero si se trata de esbozar la relación entre la idea de civilización y la vida ciudadana, habría que evocar la ruptura con la ideología del progreso lineal, que sugiere W. Benjamin (2010) partiendo del romanticismo. El romanticismo, que el pensamiento burgués presenta como reaccionario, es una revuelta contra los valores del capitalismo que

¹⁴ Henry George en el libro VII («Justice of the remedy») y en el VIII («Application of the remedy») de su «Progress and Poverty» (1879) califica de injusta la propiedad del suelo dentro de un completo manual del reformismo centrado en la distribución de la riqueza.

ensalzan lo cuantitativo, que mercantilizan la realidad, que imponen el utilitarismo banal y el desencanto. Hemos visto reacciones semejantes en Ruskin (1985) o Morris (2011) entre otros. La idea imprecisa del paraíso perdido que no evoca ninguna civilización perfecta, subyace en esta actitud. Y es la recuperación de esa pérdida, su producción cultural, su invención, su épica, el motor que esperamos que cambie nuestra forma de vivir y nuestras percepciones del espacio social.

Podemos volver al pasado, como señala Benjamin, empujados por la nostalgia o para recuperar el impulso revolucionario. La Revolución Francesa buscó inspiración en el mundo clásico, igual que la cultura anticuaria del siglo XVI, que impulsó la renovación de las ciudades, su transformación en obra de arte para legitimar el poder del gran patriciado burgués o de la Corona (y mejorar la circulación). Cierta romanticismo “reimaginó” las ciudades bajomedievales como espacios de libertad y democracia, de acción y del trabajo realizado con verdad y belleza, lo mismo que M. Weber (1982) que llegó a identificar ciudad, burguesía y democracia porque allí habían surgido las instituciones democráticas (burguesas), y el reformismo de Howard inspirado en Ruskin se expresó por R. Unwin como urbanismo comunitario medieval. Hoy, y por utilizar las categorías espaciales de Lefebvre (1974), se trataría de envolver el espacio vivido (percibido) –el espacio de la práctica social cotidiana– en el complejo entramado de representaciones colectivas de la libertad, de la justicia, de la belleza, del verdadero progreso científico, de la utopía social en revisión permanente. Y oponerlo a las representaciones del espacio que imponen los mecanismos de coerción o las lógicas cambiantes de los agregados monetarios: una emancipación, en definitiva.

El reformismo social y urbanístico, enfrentado a la idea burguesa de modernidad y a su concepción del orden social y urbano, ha sido una buena escuela para desarrollar algunas de estas “envolventes” cargadas de simbolismos y prácticas sociales que han alcanzado conquistas irrenunciables. Estos son los ingredientes para poder diseñar una política alternativa de contención de agresiones a los “valores reformistas” y lo más urgente es la regeneración profunda de los marcos de representaciones colectivas demasiado marcados por el fetichismo mercantil. No basta con indignarse ante la corrupción, hay que reelaborar el imaginario de la ciudadanía.¹⁵

7. Concluir proponiendo

Si el proletariado con su función mesiánica ha sido desterrado de nuestras ciudades al hilo de la deslocalización del aparato productivo que lo había creado, ha quedado su alter ego civil con sus derechos. Recuperar la iniciativa implica promocionar la ciudad en toda su plenitud histórica y social, como obra y propiedad de todos los ciudadanos; un bien fondo y común que no puede ser expropiado ni apropiado por los agentes del capital, ni reducido a sus dimensiones monetarias. El boom no fue sólo un teatro de corrupción y especulación, fue el primer acto de la demolición de la pequeña utopía urbana del bienestar, operada por la expansión

¹⁵ Nadie como H. Lefebvre, después de M. Halbwachs, ha contribuido a poner en el centro del debate la cuestión de la ciudad y la ciudadanía vinculando lo social con su espacio, ni ha proporcionado un arsenal conceptual tan estimulante. El número NS02 de la revista «Urban» (2012) le dedica un monográfico imprescindible bajo el título «Espectros de Lefebvre».

financiera y sus aliados, y es por ahí por donde hay que empezar. Lo primero sería recuperar la autonomía financiera –un banco de la ciudad si su tamaño lo permite–, y a continuación la soberanía sobre todos los servicios sociales y urbanos privatizados y poner en marcha un proceso de regeneración democrática que devuelva la autonomía relativa que tuvieron las ciudades en sus momentos de apogeo, una “conjura” renovada bajo soberanía popular, por usar un concepto “weberiano”. Si queremos evitar las expansiones financieras especulativas que han hipotecado nuestro futuro, también hay que poner bajo control a los agentes de la producción del espacio (empresas de la construcción de los servicios urbanos, promotores) y a sus aliados: reformular, en definitiva, la batalla por la ciudad.

No se puede aceptar que las políticas reformistas y el urbanismo de equilibrios relativos que añoramos ahora, no hayan sido más que un momento de excepción en un devenir dominado por las lógicas que describen los teóricos de la economía-mundo. Si no queremos sucumbir ante el orden neoliberal, con su demografía “malthusiana” o su genética “galtoniana” excluyentes y supresoras, tenemos que oponer un proyecto alternativo completo, modo de desarrollo incluido: el proyecto reformista no incluía el control de los medios de producción que han permanecido en manos de las grandes corporaciones. En cierto modo son ahora las ciudades parte de nuestro modo de producción, y su control imprescindible. Quiero decir que las ciudades constituyen ahora, bien o mal, nuestro universo material de existencia, y que esa vida material –ese “océano de la vida cotidiana”– no sólo ya no está asegurada por la “gran economía” –las páginas precedentes testimonian el divorcio– sino que ésta última se alimenta vorazmente de la primera; el capitalismo se desenvuelve y crece sobre las economías subyacentes, sobre las espaldas de la economía material, como afirmaba Braudel (1985), negando la idea “schumpeteriana” –neoliberal– de que sea ese emprendedor arrogante y presuntamente innovador el motor central. Las ciudades, gran patrimonio colectivo, son presa codiciada del capital como lo fueron en su día los privilegios y las propiedades del mundo feudal, y eso las convierte en escenario y argumento del rescate de sus poblaciones atrapadas en un espacio “improductivo” desde el punto de vista de las condiciones materiales de vida; donde la biopolítica es coerción, donde la civilización retrocede. Parece que la ciudad, tanto en su expresión de plenitud como estructura de civilización (de *durée*), como en su papel transformador, revolucionario, no fuera más que un fenómeno minoritario, una excepción de escaso “espesor” demográfico, y que ampliarlo hasta superar hoy la mitad de la población del planeta, habría conllevado muchas renunciaciones. Un gran recorrido a pesar de todo, cuyo mejor logro sigue siendo ese bienestar fordista que hoy se descompone y cuyas estructuras igualitarias incompletas y normalizadas hemos traicionado colectivamente, como muestra la deriva estratificada a gran escala del espacio social-inmobiliario neoliberal.

Y eso nos lleva de nuevo al problema central de la desigualdad. Jerarquía, prestigio y poder.

“Le capitalisme a besoin d’une hiérarchie. [...], le capitalisme n’invente pas les hiérarchies, il les utilise, de même qu’il n’a pas inventé le marché, ou la consommation. Il est, dans la longue perspective de l’histoire, le visiteur du soir. Il arrive quand tout est déjà en place. Autrement dit, le problème en soi de la

hiérarchie le dépasse, le transcende, le commande à l'avance.
Et les sociétés non capitalistes n'ont pas supprimé, hélas, les
hiérarchies" (Braudel, 1985, p. 78).

El capitalismo no quiere equilibrios, ni relaciones sobre las que no pueda imponer asimetrías. El comercio básico, productor-consumidor y sus ajustes transparentes de precios no le permiten prosperar. Tampoco los equilibrios sociales atenuados del bienestar. Ciertamente siempre hubo jerarquías, pero es la primera vez que en su construcción el capital financiero ha conseguido arrastrar (con entusiasmo) a todos sus afectados, incluso los que habitan los pisos más bajos. Superado el "momento" fordista no ha tardado en desplegar un preciso tablero de desigualdad jerarquizada, en el que la propia morfología discriminatoria del espacio social ha alcanzado cotas de sofisticación inusitadas –también falta una historia crítica del espacio social y sus mecanismos de exclusión–, y cuya producción ha sido entre nosotros el principal motor de acumulación, durante casi tres décadas (el doble del periodo fordista), sin que importara demasiado recuperar el crédito empeñado en semejante tarea: esta vez el rehén es el conjunto de la población, y el botín su vida material y las ciudades que habitan (un patrimonio secular). El instrumento ha sido hacer de la desigualdad un patrimonio familiar universal y un modo de vida, desarrollando una nueva jerarquía con su manual de uso: competición, éxito y posición. El señuelo es irrelevante (sociedad del conocimiento, de la información, del emprendimiento, de la innovación), pero se sirve de relatos legitimadores, ahora es la regeneración urbana impulsada por una nueva expansión financiera ficticia, otro episodio de desposesión del patrimonio colectivo acumulado, otra vuelta de tuerca para que las ciudades sigan siendo el teatro principal de las conquistas de la sociedad burguesa, el lugar de puesta en escena de sus valores fétiche, espacio de y para las elites que se presenta como una civilizada producción de espacio social.

Es el imaginario colectivo el que ha sido arrastrado muy lejos de la idea de civilización. Las familias defienden la desigualdad para proteger sus patrimonios, sus intereses, aunque esos logros tengan los pies de barro y pongan en peligro su propia existencia. Prefieren ejercer la caridad antes que luchar por la igualdad. Y es ahí donde el futuro de las ciudades y de los ciudadanos tienen su principal campo de batalla: desmontar un denso entramado ideológico en el que se superponen la esfera de los valores (economía política), la de las representaciones sociales, sus espacios y modos de vida, y la religión que los convierte en talismanes. Pero esa es otra cuestión que requiere otros instrumentos teóricos y una lucha larga y difícil.

8. Bibliografía

- AA. VV. (2012): "Espectros de Lefebvre" en *Urban*, NS02.
- AGLIETTA, Michel (1976): *Régulation et crises du capitalisme: l'expérience des États-Unis*, Calmann-Lévy, París. (Ed. en castellano, AGLIETTA, Michel (1979) : *Regulación y crisis del capitalismo*. Siglo XXI, Madrid).
- AGLIETTA, Michel (1998): "Capitalism at the turn of the century: regulation theory and the challenge of social change" en *New Left Review*, núm. 232 (nov.-dic. 1998).

- ARRIGHI, Giovanni (1994): *The Long Twentieth Century*. Verso, London/New York.
- ARRIGHI, Giovanni (2006): “The winding paths of capital. [Entrevista con Harvey, D.]” en *New Left Review*, núm. 56.
- ARRIGHI, Giovanni y PISELLI, Fortunata (1987): “Capitalist Development in Hostile Environments: Feuds, Class Struggles and Migrations in a Peripheral Region of Southern Italy” en *Review*, núm. X(4).
- BENJAMIN, Walter (2010): *Romantisme et critique de la civilisation*. Payot, París.
- BERNARD, Claude (1859): *Introduction à l'étude de la médecine expérimentale*. Collège de France, París.
- BOYER, Robert (1986): *La théorie de la régulation. Une analyse critique*. La Découverte, París. (Ed. en castellano, *La teoría de la regulación. Un análisis crítico*. Alfons el Magnànim-IVEI, Valencia, 1992).
- BRAUDEL, Fernand (1985): *La Dynamique du capitalisme*. Flammarion, París.
- CAMPOS VENUTI, G. (1981): *Urbanismo y austeridad*. Siglo XXI, Madrid.
- CANNON, W. B. (1926): “Physiological regulation of normal states: some tentative postulates concerning biological homeostatics”, en PETTIT, A. —ed.— *A Charles Richet: ses amis, ses collègues, ses élèves*. Les Éditions Médicales, París.
- CASTELLS, Manuel (1991): *The Informational City: Economic Restructuring and Urban Development*. Wiley-Blackwell.
- CASTELLS, Manuel (1993): *The New Global Economy in the Information Age: Reflections on our changing world*. Pennsylvania State University Press, Pennsylvania.
- FERNÁNDEZ, Cristina y ROCH, Fernando (2012): “La quiebra de la ciudad global y sus efectos en la morfología urbana. Madrid bajo la lógica inmobiliaria de la acumulación-desposesión” en *Urban*, NS03, pp. 45-63.
- FORD, H. y CROWTHER, S. (1931): *Progreso*. Ed. M. Aguilar, Madrid. (Versión española de *Moving Forward*).
- FOUCAULT, Michel (2008). *Seguridad, territorio, población*. Akal, Madrid.
- GEORGE, H. (1879): *Progress and Poverty*. Appleton, Nueva York.
- GRAMSCI, Antonio (1975): *Cuaderni del Carcere*. Einaudi, Ed. Torino.
- HEERS, Jaques (2012): *La naissance du capitalisme au Moyen Âge*. Perrin, París.
- HOBSBAWM, Eric (1994): *Ages of extremes. The short twentieth century 1917-1991*. Michael Joseph, Londres.
- JESSOP, Bob (1990): “Regulation theories in retrospect and prospect” en *Economy and Society*, núm. 19(2), pp. 153-216.
- LEFEBVRE, Henri (1968): *Le Droit à la ville*. París, Anthropos.
- LEFEBVRE, Henri (1974): *La production de l'espace*. París, Anthropos. (Ed. en castellano, *La producción del Espacio*, Eds. Capitán Swing, 2013).

- LIPIETZ, Alain (1988): “Accumulation, crises and way out. Some methodological reflections on the concept of ‘regulation’” en *International Journal of Political Economy*, núm. 18.
- MARX, K. y ENGELS, F (1848): *Manifiesto del Partido Comunista de 1848*.
- MITCHELL, Don (1995): “The end of public space? People’s park, definitions of the public and democracy” en *Annals of the Association of American Geographers*, núm. 85(1), pp.108-133.
- MORRIS, William (2011): *Noticias de ninguna parte*. Capitán Swing, Madrid. (Publicado por primera vez en 1890).
- PIRENNE, Henri (1975): *Les Villes du Moyen Âge*. Presses Universitaires, París.
- RUSKIN, John (1985): *Unto this last and Other writings*. Penguin Classics, Londres. (Incluye “The nature of gothic”, vol. II de *The stones of Venice*).
- SASSEN, Saskia (1992): *The Global City*. Princeton University Press, Princeton.
- SEVILLA, Álvaro (2014): “Central Park y la producción del espacio público: el uso de la ciudad y la regulación del comportamiento urbano en la historia” en *Eure*, núm. 121.
- WEBER, M. (1965): *Essais sur la théorie de la science (1904-17)*. Librairie Plon, París. (Traducción e introducción por Julien Freund).
- WEBER, Max (1982): *La Ville*. Aubier, París.